

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 185.

Alicante 13 de Junio de 1874.

Año V.

LA EXISTENCIA DE DIOS

PROBADA

POR LA CREENCIA UNIVERSAL.

I.

Cuando hemos tenido la desgracia de llegar á una época por tantos títulos desventurada en el órden moral y religioso, en que han aparecido génius díscolos y atrevidos que han osado negar las verdades mas altas y respetables, y hasta la misma existencia de Dios que publican los cielos, necesario es ilustrar al pueblo sobre el conocimiento de esta primera verdad, que parece quiere oscurecer el humo del materialismo que nos rodea.

Es ciertamente una cosa notable para los verdaderos filósofos, el ver que todo el género humano está de acuerdo en confesar la existencia de la Divinidad, en darle culto y rendirle homenaje de adoracion y de dependencia, conformidad tan universal y tan antigua como el mundo, que se extiende á los sabios lo mismo que al vulgo, y á las naciones cultas como á las mas bárbaras. Los ingenios mas grandes que

han producido los siglos, los hombres mas eminentes por su ciencia y sus virtudes han pensado sobre esto como el pueblo, escepto algunos ridículos personajes que han aparecido de cuando en cuando para perturbar con su voz fatal la armonía del mundo, y son parecidos en el órden moral á aquellas producciones extravagantes, que en el mundo físico salen fuera de las leyes ordinarias de la naturaleza.

El ateo ingenioso en sustraerse á la luz ó en ofuscarla con sus sofismas, se gloria de rechazar la creencia del mundo entero, y mira como una especie de triunfo el luchar él solo contra el género humano. Si se le habla de la universalidad de esta creencia religiosa, pronto trata de buscar en cualquier rincón del mundo un punto en que la civilización esté tan atrasada, que no se halle, si es posible, rastro alguno de esta doctrina. Si se le señala esta unánime creencia del género humano como la voz de la naturaleza, de la razon y de la verdad, él solo vé en ella un efecto de ignorancia y de credulidad, y prefiere no ver en la razon natural mas que una preocupacion popular, antes que

pensar en esta materia como el pueblo. En fin, si obligándole á explicarse, se le pregunta de dónde ha podido venir á los hombres una creencia tan universal, tan antigua y tan arraigada como la de la existencia de Dios, nos responde que es un efecto de la imaginacion engañada por el miedo ó de la política de los legisladores.

Examinemos, pues, todos los subterfugios del ateismo, para lo cual sentaremos tres verdades que llenen nuestro objeto: 1.ª la fé del género humano atestigua que hay un Dios: 2.ª esta creencia viene de la naturaleza y de la mas pura razon: 3.ª nada hay mas frívolo que cuanto el ateo imagina para explicar esta fé.

La creencia del mundo entero es un hecho, y como tal no se prueba por conjeturas sino por testimonios. Consultemos, pues, los anales del mundo, todos los monumentos históricos, las relaciones de todos los viajeros, y hallaremos demostrado que todas las naciones, todos los siglos, el antiguo y el nuevo mundo, están unánimes en la creencia de la Divinidad. Podríamos desde luego interpelar á los impíos para que nos citasen una sola comarca de la que sea posible, no decimos conjeturar, sino demostrar que haya sido ó sea atea, esto es, que haya estado privada hasta de la mas grosera idea de alguna Divinidad sea la que fuese. Hasta ahora sus es-

fuerzos en este punto han sido vanos y sus pretensiones desmentidas; de manera que su impotencia misma de citar un solo pueblo sumergido enteramente en el ateismo, probaria ya bastante que no le hay. Pero aclaremos esto mas, y para ello veamos cual ha sido la creencia de la antigüedad.

Subamos á las épocas mas remotas; recorramos todos los pueblos, tanto los mas ilustrados como los mas salvajes que han habitado el globo; ¿hallaremos uno tan solo que no haya estado en posesion de un conocimiento mas ó menos perfecto de la Divinidad? Fenicios, Caldeos, Egipcios, Persas, Judios, Griegos, Romanos, todos en fin, están acordes en este punto. Los tiempos fabulosos están llenos de las historias de dioses y semidioses: ¿y qué vemos en los filósofos, en los historiadores, en los poetas y en los oradores de Grecia y de Roma que manejamos desde nuestros primeros estudios de humanidades, mas que señales bien patentes de la fé de todas las naciones? ¿Qué significan los altares, los templos, los sacrificios, las fiestas religiosas, las estatuas de los dioses, los himnos sagrados, las apoteosis, los holocaustos y tantas víctimas de tan diferentes modos inmoladas en honor del Sér Supremo? ¿No tiene todo ello una conexion palpable con el dogma de la Divinidad?

Echad una mirada sobre la faz de la tierra, decia Plutarco, hallareis ciudades sin fortificaciones, sin

ciencias, sin magistratura regular; vereis pueblos sin habitaciones separadas, sin propiedad de bienes, sin conocer el uso de la moneda, y en una total ignorancia de las bellas artes; pero en ninguna parte encontrareis una ciudad que no tenga algun conocimiento de Dios. Ciceron y Séneca han usado el mismo lenguaje.

Hé aquí testimonios bien positivos de los hombres mas sabios y mas graves de la antigüedad, contra los cuales de nada sirven los pasajes oscuros y equívocos de ciertos escritores sobre el supuesto ateismo de algunos pueblos, cuyo nombre es casi desconocido. Hay que observar, que sin poder acusar á un pueblo de ateismo propiamente tal, pueden concebirse de él ciertas sospechas, ya porque teniendo costumbres impías y feroces viole todas las leyes divinas y humanas que los otros reverencian, ya porque no presente vestigios bien claros de culto y religion pública á causa de su vida errante y grosera independenciam, ya porque desprecie el culto de alguna deidad que adoren sus vecinos, ó ya porque, aun cuando reconozca á una Divinidad suprema, no la adore, y solo lo haga á dioses subalternos, como se ha observado en algunos pueblos salvajes.

Así es que Plinio no veia en los judíos, que se distinguian por su religion del mundo idólatra, otra cosa que unos insolentes despreciadores de los dioses; y Ciceron en su

oracion á favor de Fonteyo, arrebatado por el interés de su causa, trata á los galos de impíos, sin fé ni probidad, y se complace en recordar su expedicion contra Delfos. Sin embargo, vemos que César, que ciertamente los conocia mejor, los pinta como una nacion religiosa en extremo. Así tambien se acusaba de ateos y sacrilegos á los primeros cristianos, porque aborrecian á los dioses del imperio. Guardémonos, pues, de acusar á un pueblo de ateismo por algunas citas vagas. La creencia de la Divinidad fué tan general entre los antiguos, que Lucrecio felicitó á su maestro Epicuro por haber sido el primero que se atrevió á luchar contra el género humano, y á levantar la cabeza en medio de los pueblos, decia él, sometidos al yugo de la supersticion.

Además de esto, aunque los antiguos hayan estado sumergidos en supersticiones ridículas y monstruosas, y hayan poblado la tierra y los cielos de una multitud de divinidades quiméricas, sin embargo, el conocimiento de un Ser supremo, de un Dios soberano Señor de los otros dioses como de los hombres, era mas general entre los sabios y aun entre el vulgo de lo que comunmente se cree.

Si observamos que los judíos adoraban á un Dios único, criador del cielo y de la tierra, y que los libros santos han celebrado su grandeza y su gloria en una poesia enteramente divina, que oscurece la de

los griegos y de los romanos, veremos que es imposible que su comercio con las demás naciones no extendiese mas ó menos en ellas el conocimiento del verdadero Dios, y no le ganase adoradores. Cuando Salomon subió al trono, el rey de Tiro tributaba gracias al Señor Dios por haber dado á David un sucesor digno de él; Ciro veia en sus victorias un beneficio del Dios del cielo; Darío, Artagerjes y Asuero le rindieron homenajes. ¿Y cuál será aquel Dios por el que se reconocian vencidos los sabios de la córte de Faraon, al decir, *la mano de Dios está aquí?*

Advertimos, además, que los mas célebres filósofos de la antigüedad creian en este Dios supremo; y que aun cuando reverenciaban por miedo ó por política á los dioses populares y nacionales, reconocian la grandeza excelsa de aquel que habia presidido á la formacion del universo. Si algunos, como Demócrito y Epicuro, querian enseñar á explicarlo todo por medio de movimientos casuales y mecánicos, sin recurrir á una causa inteligente, otros como Platon y Ciceron la reconocian y probaban su necesidad, y la naturaleza de sus disputas dá á conocer cuan universalmente reconocida estaba la creencia en un ser inteligente y sabio ordenador del mundo. Así Lactancio, tan versado en estas materias, no dudaba decir hace catorce siglos, que esta doctrina habia sido la de todas las escuelas, y de todos aquellos que

antes de Epicuro habian sido mirados como príncipes de la filosofía. El apóstol San Pablo les reprende menos el haber desconocido la Divinidad, que el no haberla glorificado como debian.

Es cierto tambien que el Dios criador que ha sacado el universo de la nada, que tiene un dominio soberano sobre la materia; este espíritu puro, cuya providencia se extiende á la menor de nuestras acciones, que las juzgará despues de haber sido testigo de ellas, y que reserva en una vida futura castigos al vicio y premios á la virtud; este Dios, el único verdadero, y que es el de los cristianos, no fué conocido en las escuelas de Atenas y Roma con aquella perfeccion con que lo es en el dia, por lo cual es una asercion falsísima decir que los cristianos han tomado de los paganos su conocimiento de Dios: ¿pero será necesario decir que existe el ateísmo en cuantas partes no se encuentre toda la fuerza de la doctrina cristiana?

Segun San Agustin (*De civit. Dei*, lib. 4), la opinion mas comun entre los sabios del paganismo era que Dios es el alma del mundo; por cuya idea grosera, y de que era fácil abusar, entendian ellos el ser inteligente que por su poder y los consejos de su sabiduría y prevision anima el mundo, al modo que el alma gobierna al cuerpo. Varron, el mas docto de los romanos, decia que habian comprendido perfectamente la naturaleza de Dios los que

le definian como el alma que gobierna el mundo por medio del movimiento y de la razón. Y á la verdad, que poner inconsideradamente á Séneca y á Ciceron en el número de los ateos, porque su doctrina no fuera bastante pura ó bastante exacto su lenguaje, seria un modo de raciocinar tan absurdo en lógica, como injusto hácia estos ilustres varones.

Observemos, en fin, que los poetas y los oradores han celebrado en sus obras el poder de este Dios, supremo director del universo y de las cosas humanas: tal es el lenguaje de Homero, de Hesiodo, de Horacio, de Ovidio, de Virgilio y de otros muchos. Se sabe cuan sublime es Homero cuando hace decir á Júpiter, hablando á los habitantes del Olimpo (*Iliad.* lib. VIII:) «Colgad una cadena de la bóveda celeste; suspéndanse de ella todos los dioses y diosas, y que reunan todos sus esfuerzos; jamás podrán arrastrar hácia la tierra al soberano Júpiter: al contrario, yo levantaria si quisiese la cadena, los dioses y aun la tierra y los mares, en seguida amarraria la cadena en la cima del Olimpo, y todo quedaria en el aire: tanto excede mi poder al poder de los hombres y de los Dioses.»

Esto es ya suficiente para hacer ver que si el conocimiento del verdadero Dios estaba alterado, no habia llegado á apagarse en el entendimiento de los hombres más sabios y más hábiles de la antigüedad pagana, como tampoco entre el pueblo.

El crimen de los idólatras consistia en no rendir al verdadero Dios un culto santo y puro; en prostituir los honores divinos dirigiéndolos á génius maléficos y á divinidades subalternas y supuestas, y en imaginarse que la piedra y el leño labrados por el cincel, un animal ó una planta encerraban en sí una divinidad oculta: pero tambien el pueblo se elevaba de tiempo en tiempo de este cúmulo de supersticiones, y del mismo fango de los vicios hasta la idea de la suprema magestad de un Dios, no diré único, pero si superior á todos los otros dioses.

Así lo han observado los apolo-
gistas de la religion, entre los que citaremos solo á San Cipriano. En su tratado *sobre la vanidad de los ídolos*, observa que el vulgo confiesa algunas veces al verdadero Dios cuando por un movimiento natural exclama: «Oh Dios! Dios lo vé: yo lo encomiendo á Dios.» *O Deus! Deus videt: Deo commendo.* Tambien al hablar de la Divinidad se excluia la pluralidad; así es que se la llamaba lisamente Dios; y esto es lo que Tertuliano en su Apolo-
gético llama enérgicamente el testimonio de un alma naturalmente cristiana.

Á N T R O. SEÑOR JESUCRISTO

EN LA INSTITUCION

DE LA SAGRADA EUCARISTÍA.

Hoc est Corpus meum.

Si, la conozco; esa es tu voz, bien mio;
Voz de inmenso poder y de dulzura;
Tú le mandaste al caos que creára,
Y de su niebla oscura,
De súbito brotára
El vivo rayo de la luz mas pura.
En confusa revolucion giraron
Átomos impalpables;
Con admirable afinidad se unieron,
Sus formas redondearon,
Y en ejes inmutables
Rodó la tierra por el ancho espacio.
Con su plata y topacio
La luna y sol vistieron
De esplendorosa claridad el cielo,
Y la tierra pintaron de colores;
Y al rayo de su luz, el aire y suelo
Lucieron su belleza y sus primores.
El cedro, el verde pino
Coronaron los montes y collados;
Bajaron sus laderas
Los arroyos jugando á las praderas:
Impetuosos los rios
Anchos surcos abrieron,
Y al mar precipitados
Fueron á dar sus aguas espantados.
En su seno los peces
De perlas y coral se engalanaron;
Y de plantas sin nombre,
Que no vió el ojo escrutador del hombre,
Las selvas pasearon.
Cantó el ave armoniosa
Oculto en la enramada,
Y con voz poderosa
Rugió el leon con fuerza inusitada....

Entonces con tus manos
La delicada fábrica del hombre
Del barro de la tierra.
Admirable formaste,
Y en un punto acabaste
La preciosa escultura,
Y bajo su tejido imponderable
Cuanto de mas notable
Y misterioso la natura encierra.
Con un soplo fecundo
Inteligencia, amor le comunicas;
Su poder magnificas,
Y solo, sin segundo
Le constituyes Rey de todo el mundo.
Mas seducido en ilusion brillante
Ser como Dios aspira;
Y el mal, que así le inspira,
Espíritu infernal, desde el Cocito
Malicioso rió al ver triunfante
De la eterna verdad, falaz mentira.

Ya conoces el mal ¡desventurado!
El mal aborrecido
Que ofusca tu razon, y atribulado
Te llevará agitado.
Confuso, suspendido,
Sin olvidar jamás por un momento
El inefable bien que ya has perdido.

Y hablaste tú otra vez, Señor, clemente:
Y el fruto deseado
Prometiste hallaria
De otro árbol pendiente
Donde la paz el hombre encontraría.

De la estirpe de Adan, solo una rama
De sin par gentileza,
Sin nudo y sin corteza,
En el desierto páramo escondida,
Del Sol eterno con la viva llama
Retoñara la vida.

Pimpollo primoroso
De ese vástago hermoso

Fuiste, MARÍA, tú; flor inocente,
Que al despuntar riente
La aurora nacarada,
Del céfiro al arrullo
Con la blanda armonía,
Unido en dulce abrazo
Bebió gentil capullo
De miel y de ambrosía
El néctar de la vida en tu regazo.

Y viniste, Señor, y te abajaste
Hasta vestir el polvo de tu hechura;
Hasta herir el oído
De la infiel criatura
Que tan libre formaste
Y elegir entre el bien y el mal dejaste.

Y hablaste otra vez mas ¡Señor del
Y á tu sublime acento (mundo!
El ciego vió la luz: también el mudo
Su lengua desató. Creció el portento:
Los muertos, á su vez, tuvieron vida:
La fragil pecadora
A tus pies se postró, y arrepentida
Sus extravíos llora,
Y humilde, tu perdon, tu gracia implora.

Israel conmovido
Con tus altas lecciones
Gozoso recordó el ofrecido
Reinado esclarecido
Que á remotas regiones
Triunfante llevaría sus pendones:
Y en alarde pomposo
Proclamó clamoroso
Que eras Tú, el Mesías prometido.

Sordo rumor en tanto
Zumbando en los oídos
Del pueblo de Judá, al Justo, al Santo
Pretende oscurecer; y confundidos
Del Fariseo el odio; del Escriba
La saña y el rencor, alzan en uno,
Con empeño importuno,

Bramido atronador, que pide fiero
La muerte del mansísimo Cordero.

Y morirá, si, morirá: que estriba
En su muerte sangrienta
Lavar la eterna afrenta
Que á la eterna Justicia
El hombre en su malicia
Causó con su fatal desobediencia.
Morirá, morirá; que así lo ordena
Todo un Dios indignado:
Sufrirá la inocencia
El castigo espantoso del culpado:
Y en su sangre lavado
Romperá la cadena
Que á eterna servidumbre le condena.

¿Y has de morir, Señor? ¿Y en cruda
¡Oh mi buen Jesús! serás raído (guerra
Del sobrehaz de la tierra?

¿Y no he de oírte mas? Ni recreada
Con tu dulce mirada
Me he de ver ya? Tan solo
Al discípulo amado
Reclinar dulcemente
En tu seno la frente
Concedido será, y á la escogida
Porción oír tan solo las lecciones
Que enardeciendo van los corazones?
¿Ni jamás permitido
A nosotros será besar amantes
La fimbria del vestido
O el polvo nada mas de tu calzado?
Ved, Señor, que aun no es dado
Dibujar á la luz humanas formas,
Y que en copia abundante
Como rico diamante
En lágrimas deshecho,
Guarda el fiel amador junto á su pecho.

Hablad, hablad, Señor, que está pen-
De ese labio divino (diente
El futuro destino,
La paz y la ventura

De mil generaciones que á porfía,
De la region luciente
En donde nace el dia
Al pálido occidente;
Del frio septentrion al medio dia
Verá la edad futura
Emular en tu amor y en tu cariño.

Las sombras de la noche oscurecian
Con manto de dolor y de tristeza
La ciudad de David: en su vileza
El ódio y el rencor, la haja envidia
En tumulto horroroso
Las furias concitando,
El crimen espantoso
En consorcio nefando
Tramaban la traicion y la perfidia.

En tanto el Redentor, en rica estancia
Que el amor le previno,
Con su labio divino
A sus caros apóstoles descubre
Los mas altos secretos que aun encubre
A los carnales ojos el sentido:
Y en redor de la mesa congregados,
Guardadores del rito establecido,
Comen apresurados
El cordero pascual, tambien figura
Del tránsito á una ley mas nueva y pura.

Mas, qué veo, Señor? de blanco lino
Cubierta la modesta vestidura
A sus siervos los pies, lavando empieza,
Maestro de humildad y de pureza.
Solo Judas alli, la faz turbada,
Esquiva de Jesus tierna mirada,
Del amor inmortal que asi le inspira.

Luego amante suspira;
Y en dulcísimo acento
De infinita ternura
Toma un pan, le bendice,
Y en sentido lamento
De eterna despedida,
Hijos míos, ¿adios! por fin les dice:

Tomad, comed de este pan: este es mi
Que á la muerte entregado (cuerpo
Por vosotros será; si quereis vida
Tener en mí, llegaos:
Mi sangre aqui teneis, bebed mi Caliz...
Y como tierna madre
Que en éxtasis de amor ciñe en sus brazos
Al hijo y al esposo en dulces lazos,
Suspirando añadió: subo á mi Padre;
Mas os digo tambien que juntamente
Con vosotros seré eternamente.

Y moriste, Señor, y en un madero
El judio te vió, el extranjero,
Cruelmente enclavado,
Y despues sepultado
Dios y hombre verdadero,
Mas los amantes fieles, si te vieron
Hecho el oprobio vil de turba impia,
En Emaús comieron de tus manos
Aquel manjar divino
En que trocaste el pan, mudaste el vino.
Le comieron tambien los que enseñados
Por tu apóstoles, en Tí creyeron;
Los que en las catacumbas aherrojados
El yugo de los Césares rompieron.

Gerónimo comió, el grande Ambrosio,
Cirilo, Juan Crisóstomo, Cipriano,
Hilario y Agustin; y aquel divino
Talento sobrehumano,
A quien llama el cristiano
El Angel del saber, el Sol de Aquino.

Y Teresa, y Pascual, y aquel que siente
Latir de amor un corazon ardiente;
Cuantos sedientos van á tus altares
Y al celestial rocío
Las secas fauces llegan, Jesús mio.
Enfermos á millares
Con dolencia mortal, sanas clemente;
Y al sabio, al ignorante
Hablas secretamente,

Y dobla su cerviz al blando yugo
Que á tu bondad divina, darle plugo.
¿Qué importa que atrevido
Tu lumbre oscurecer quiera el impio?
¿Qué importan los vapores
Que de la tierra alzados
El azul de los cielos oscurecen,
Mientras mas resplandecen
Del Sol con los brillantes resplandores?
¡Oh vosotros, crueles
Que á mi Jesús alzais tan cruda guerra!
Turba de necios loca y presumida!
Al dador de la vida,
Al que el mundo formó y cuanto encierra
Con número, con peso y con medida;
Al que es Rey de los reyes
Sujetar pretendéis á vuestras leyes?
Apegados al suelo
Nada sabeis ya del amor del cielo;
Que el padre del error y la mentira,
Del mal, del fraude y dolo
Odiar y aborrecer sabe tan solo.
¡Oh Señor humanado
Por nuestro amor clavado
A la afrentosa cruz y reducido
Inmenso como sois á la estrechura
De un humilde sagrario
En el fondo escondido
De oscuro santuario!
Hostia santa de amor! yo me prosterno
Humilde ante tu alteza soberana
Y te confieso allí, Señor, eterno
Salvador de la pobre especie humana!
Y tú, mi cara pátria, gentil y bella,
Lucentum afamada
Que á la falda sentada
De elevada colina
Rizando va á tus plantas
La mar en leve espuma
La fimbria de tu veste peregrina:
Tú tambien, rica en Fé, hoy te levantas

Y de mirtó y laurel, verde corona,
Que tu piadoso sentimiento abona,
Con luces, con aromas y con flores
Ofreces al Amor de los amores.
¡Oh Lucentum feliz! viste galana
En mágico decoro
La blanda seda, el oro;
Tus naves engalana,
Y á los vientos ligeras
Despliega ondeando las banderas.
Truene el cañon potente;
Suene el metal sagrado;
Las trompas militares
En alegre concierto sonoro
Hagan coro á la grave salmodia;
Que al pié de los altares
Esplendente con luces á millares
El ILUSTRE PRELADO que apacienta
La lucentina grey, ya se presenta,
Y en mística armonia
El incienso aromoso
Ofrece fervoroso,
Y humilla reverente su cabeza
Ante el poder de Dios y su grandeza:
Y en honor perdurable
De su pueblo querido
Mostrando vá en su mano venerable
Del Señor el ungido
A aquel Dios humanado
Despues por nuestro amor sacramentado.

M. A. MINGOT.

LAS PROFECIAS MODERNAS.

Carta del obispo de Orleans
AL CLERO DE SU DIOCESIS.

(CONTINUACION.)

Hè aqui, señores, el lenguaje del teólogo. Evidentemente este criterio es indispensable, pero no basta, porque no se

sabe bien ó acaso se sabe demasiado lo que ciertas disposiciones físicas y morales, y las perturbaciones de la imaginación, por ejemplo, producen en punto á ilusiones. «Puede suceder fácilmente á las personas de viva imaginación, dice Benedicto XIV, que crean ver lo que no existe, que se les aparece lo que en realidad no aparece, y, sin embargo, sostienen haber visto y ser la visión de origen divino.» En otro sitio añade: «La imaginación puede ser causa de muchos efectos y de muchas modificaciones y perturbaciones en nuestro propio cuerpo, ó en un cuerpo extraño.» Y enseña, en fin, que «por la imaginación se ve á veces lo que no existe; se oye lo que no suena; se siente lo que no es capaz de producir sensación.»

A estas ilusiones, tan extraordinarias en algunos momentos, es preciso unir la astucia del demonio, que se transforma, como dice Benedicto XIV, repitiendo á S. Pablo, «en ángel de luz, *transfigurant enim se dæmon in angelum lucis*, y los engaños de los hombres, de que nunca se desconfía bastante.

Podríamos citar aquí, señores, en apoyo de estas observaciones, infinitas sentencias del Santo Oficio, descubriendo supercherias y castigando á los impostores que habían logrado ser creídos.

En 1857, por ejemplo, el Santo Oficio condenó á severas penas á Catalina Finelli, que, con hábiles invenciones, se hacia pasar por santa, «vanagloriándose de tener revelaciones, profecías, éxtasis, visiones, apariciones de Nuestro Señor Jesucristo y de la Santa Virgen, y otros dones sobrenaturales y gracias particulares de Dios, en lo cual no había mas en engaño, jactancia, falsedades y traiciones.

Durante el Pontificado de Pio VII fu condenada otra jóven, llamada Juana Marella, por hacer que aparecieran fraudulentamente crucifijos vertiendo sangre, y una amágen de Nuestra Señora de los Dolores que derramaba lágrimas; por enseñar tambien los estigmas que llevaba en los piés y en las manos, etc.

En 1747, bajo el pontificado de Benedicto XIV, una religiosa profesada del monasterio de Santa Clara de Chieri fué igualmente condenada por sus fraudes piadosos y amonestados con severidad sus directores espirituales: *Directores præfatæ monialis acriter moneantur*.

El cardenal Albitius, que escribia á mediados del siglo XVII, enumera en su grande obra de *Inconstantia in fide* más de veinte condenas dictadas en su tiempo por igual causa.

Ya veis, señores cuán legítimas son en esta materia las precauciones, y cuánto se equivocan las personas llenas de sinceridad y de buena fé, al imaginar que no siguen las inspiraciones de la verdadera piedad, estando prudentemente en guardia, examinando con detenimiento y consultando el juicio de una razón sana, y al pretender que es más conforme á la verdadera religion, creer desde luego sin exámen y sin pruebas.

Dios, señores, que nos ha hecho racionales y libres, no puede obligarnos á obrar como si no tuviéramos razón, ni libertad. Si lo sobrenatural es siempre posible; si la fuente, como decia Fenelon, no está agotada, si Dios esparce cuando quiere su espíritu en sus servidores, no es menos cierto, como decia S. Ambrosio, que Dios no nos gobierna habitualmente por medio de revelaciones y de milagros.

Hay en la actualidad personas, que, en los malos tiempos que alcanzamos, no cuentan, al parecer, con esto. «Dios, me decía una con seguridad hace pocos días, hará un milagro: Dios dará un gran golpe» Y preguntándole yo, ¿cómo lo sabéis? — «Ya lo vereis, me contestó; no tengo ninguna prueba, pero estoy seguro de ello.» No es este ciertamente, señores, el lenguaje de la verdadera piedad, ni de una fé ilustrada.

Por regla general, los acontecimientos humanos se desarrollan conformes al orden providencial, pero natural, de las cosas humanas; las causas sostienen sus efectos, y los efectos sus causas. A Dios sin duda pertenece el mando y dirección soberana; pero no es necesario para ello que intervengan siempre por medio de milagros. El hombre obra, y sus actos tienen consecuencias; este es el orden habitual de las cosas. Pero olvidar en nuestros actos la razón y la prudencia, porque Dios dirige, como Señor Supremo, los acontecimientos humanos; dejarlo todo al acaso, y marchar temeraria y locamente, encargando enseguida á la Providencia que repare nuestras temeridades y nuestras locuras; alabarnos, en una palabra, de que nuestras faltas no tendrán sus naturales resultados, y que el porvenir no nos pedirá cuenta de nuestros errores, es, hablando como el Concilio de Trento, caer en esa falsa imitación de la piedad que se llama superstición, *falsa pietatis imitatio superstitio*.

En una palabra, es tentar á Dios, señores, y faltarle grandemente al respeto; eso no es fé ni es piedad, es iluminismo: y esta tentación de la confianza presuntuosa y temeraria, ilusiona tan fácilmen-

te á nuestra pobre naturaleza, que, para ponernos en guardia contra ella, Nuestro Señor ha querido enseñarnos por si mismo á despreciarla y á vencerla: Arrójate desde lo alto del templo abajo, le dijo el tentador: di á esas piedras que se conviertan en pan. *Mitte te deorsum dic ut lapides isti panes fiant.* A estas sugerencias del ángel de las tinieblas, el Salvador contestó con la sencilla y profunda frase: «Atrás, Satanás, está escrito: *No tentareis al Señor, tu Dios: Vade retro, Satana, scriptum est enim: Non tentabis Dominum Deum tuum.*

Si álguien hubo por cierto autorizado á contar con los milagros, era Nuestro Señor, y no quiso, á fin de enseñarnos á no tentar á Dios, cuando, viendo nuestros asuntos en peligro ó perdidos, en vez de trabajar y de ayudarnos, como lo mandan las Santas Escrituras, *Viriliter age*, y de merecer por este camino el auxilio del cielo, no sabemos mas que aguardar y predecir temerariamente milagros que nada nos autoriza á esperar.

No; quien en las cosas humanas se niega á razonar y á obrar como hombre razonablemente ilustrado por la fé, falta á un deber imperioso; no es digno de que Dios venga milagrosamente en su ayuda.

¿Y por qué estas miradas curiosas é indiscretas al porvenir? Existe, señores, lo desconocido que la sabiduría de Dios, salvo en casos excepcionales, que Dios es dueño de determinar, no quiere entregar á la impaciente agitación de los hombres. «Qué, exclamaba Bosuet, el hijo de Dios habrá dicho que la ciencia del tiempo es uno de los secretos que su Padre ha reservado á su poder y queremos violar este secreto impenetrable y

fundar nuestras esperanzas en un misterio tan oculto.» No, señores; no procuremos encontrar curiosamente en revelaciones extraordinarias la regla de nuestra conducta; no esperemos de ellas las luces y la direccion de nuestra vida. La Providencia no obra de esa suerte con los hombres, sino que respeta su libertad y su responsabilidad. Si pudiéramos levantar el velo que oculta y que ocultará siempre, salvo para algunos raros privilegiados, el porvenir, se diría con los fatalistas: «Está escrito» y no se comprendería el deber de la accion valerosa y cristiana.

(Se continuará.)

FUNCIONES

EN LA OCTAVA DEL CORPUS.

En la dominica infra-octava se celebró, como de costumbre, la festividad del Corpus en la parroquia de Santa María con toda solemnidad, con asistencia del Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de la Diócesis y del Excmo. Ayuntamiento, por la mañana á la misa y por la tarde á la procesion. Todo se hizo con pompa y magestad, y en la misa predicó el señor D. Juan Chaumel, catedrático del Seminario de Murcia y orador conocido en esta ciudad, quien en su peroracion se colocó á grande altura, dejando completamente satisfechos á los oyentes.

En el día de la octava asistió tambien el Rdo. Prelado á la misa en la Iglesia Colegial, y por la tarde con el Ayuntamiento á la procesion. Ambos actos religiosos fueron solemnes y muy concur-

ridos. En la misa predicó el Dr. D. Indalecio Ferrando, canónigo magistral de Orihuela y secretario de Cámara del señor Obispo, quien por primera vez y casi de improviso se presentó en el púlpito de nuestra Colegiata á dirigirnos su fácil, fluida, correcta y tierna palabra. Loores especiales recibió el gran Misterio Eucarístico y utilísimas enseñanzas el atento auditorio que, pendiente de su voz, vió pasar rápida é insensiblemente el tiempo, sintiendo no poder continuar saboreando tan dulce alimento del alma.

Por la tarde, como hemos dicho, se hizo la procesion en la Colegiata, y despues en Santa María con asistencia tambien del Ayuntamiento, y cantándose en ambas motetes por la capilla de música y con gran concurrencia. Así han terminado agradable y religiosamente las funciones en celebridad de esta solemne fiesta de la Iglesia católica.

CULTOS RELIGIOSOS.

Domingo.—En la Colegial á las nueve menos cuarto misa conventual. En Santa María á las ocho y media misa mayor. En la Virgen de Gracia á las ocho misa de renovacion. En la Misericordia á las nueve misa en honor al *Santísimo Sacramento* con sermon que predicará D. José Juliá, capellan de las Agustinas. Por la tarde á las seis procesion general.

Martes.—En las Agustinas á las siete y cuarto misa de renovacion.

Jueves.—En las Capuchinas misa de renovacion á las siete menos cuarto, y por la tarde á las cuatro trisagio.

Viernes.—En las Agustinas por la tarde á las cinco el diez y nueve de San José con sermon que dirá D. Rafael Amat, pbro.

Sábado.—En la Colegial á las siete y media misa de renovacion.